

SUR

*Aquí donde la tierra es tierra misma,
la gran madre ofreciendo la verdumbre
de sus pechos que el sol parecería
acariciar extático y ocioso,
yo paseo, otra vez, unos minutos
de amor a un mundo en el que no he vivido
nunca y donde soy como un fantasma.
El Sur —dice la sangre— el Sur es mundo.*

*Templo por lado y lado. Contra el culto al maligno
—la botella de orejas puntiagudas—,
contra el incesto, el crimen y el mal de ojo,
la iglesia anabaptista abre sus puertas
musgosas. Suena adentro
el trombón del domingo:
otro sol en los días del diluvio
al que se sienta, encucillado, el triste
mujerío a engolfarse en los tizones
de un cielo imaginario. Este cuerno que canta
su abundancia de viejos caramelos
a los niños minúsculos
como si repartiera chirigües embrujados.
¡Lechón de oro! ¡El pecado es inocente!
La lluvia hace crecer en las raíces
del corazón, los hongos del infierno,
pero la iglesia lo cocina todo
al calor de la música divina.
Iglesia anabaptista junto al río Cautín,
en estas callejuelas de extramuros
el cielo es un trombón carbonizado
por el invierno de los pecadores,
restos de una comida silenciosa
para los perros y los gallinazos.
La tierra, en cambio, es templo en el verano.
Sangra: la greda se le agolpa en unas
rodillas manoseadas por el viento.
Los dioses desertaron del ejército
de Salvación, y luego se emborrachan.*

*Triste, dorada, oscura medianía
en que fermenta el agua de los charcos
aureolada por el mosquerío.*

Paraíso encontrado:

*bar de los viejos. Baila y canta el sueño
la mona calva de Noé, el impúdico,
o se enfrasca en disputas callejeras
que no figuran en mis libros. Nadie
es dios en el verano. Nadie es dios.
Sólo la tierra, templo de sí misma,
y el parto de las vacas: dios del templo,
bajo un cielo que todo lo mira con asombro.
La sangre —dice el Sur— la sangre es mundo.*

A FUERZA DE SU AZUL EL MAR DE LA TARDE Y QUE

*A fuerza de su azul el mar de la tarde y qué,
y esta ciudad tanta belleza en crudo
sorbiéndose una puesta de sol con la punta de los labios
Una muchacha que dijera mi cielo
con sus recodos de una intimidad sofocante,
y el mar que le convierte en ensenada los senos
Hora de electrizarse paseándola al azar
Insectos pegados en las dos caras de un vidrio. Coitus interruptus.
Calcinación,
o mi boca y la tuya el día en que me dices ametrallaron el acuario:
el chapoteo de un apocalipsis
como de nudos de peces fangosos frenéticamente olvidados de tropica-
lizar con la luz
en esta noche oscura del alma que se me convierte en fango y en
una tragedia de agallas*

*Yo golpearía esta virginidad que se desvive por demostrarme su sexo,
pero se trata de una muchacha decente
La posibilidad del placer se espuma más allá de ella en la línea de
la rompiente
del otro lado de su cuerpo entre los pies de quién sabe quienes:
hadas madrinas vírgenes necias abuelitas.*